

La intencionalidad del amor

“Que la única deuda con los demás sea la del amor mutuo: el que ama al prójimo ya cumplió toda la Ley. El amor no hace mal al prójimo. Por lo tanto, el amor es la plenitud de la Ley” (Rom 13,8.10)

Padre Ricardo E. Facci

Cada uno puede preguntarse cuál es el camino de la felicidad. Qué parámetros conviene utilizar para descubrir por dónde hacer las opciones que se deben realizar en el logro de la ansiada felicidad. Esto necesita respuestas profundas, porque ¿quién puede auto juzgarse? El amor es clave en la vivencia del Evangelio, pero ¿quién puede decir que vive plenamente el Evangelio?

Uno de los signos sumamente claros de que se busca la felicidad y también se quiere vivir el Evangelio es la intencionalidad de las opciones que se realizan. Para esto, es necesario descubrir el amor, como elemento fundamental de las certeras opciones, especialmente, con el amor que se brinda en cada ámbito en el que se está insertado: la familia, el ámbito de trabajo, la sociedad en general, la Iglesia.

En muchas oportunidades hay que elegir entre lo bueno y lo malo, sabemos qué se debe hacer; o entre lo bueno y lo indiferente, también se sabe cómo se debe actuar; el problema, es cuando se debe elegir entre dos cosas válidas. En este caso, debemos preguntarnos dónde nos exige más el amor, seguramente, que allí está lo que Dios quiere de cada uno y, más aún, lo que más conviene para construir la felicidad que se anhela.

Donde hay mayor exigencia es por donde se debe caminar. El ser humano, generalmente, busca lo más simple, lo más sencillo, lo más fácil, lo más placentero, pero esto no necesariamente redundará en la mayor felicidad. El Evangelio es claro, el camino ancho, cómodo, lleva a la perdición, en cambio, nos invita a elegir el camino angosto, escarpado, cargado de dificultades, que conduce a la Vida (Cfr. Mt 7,13-14). Vivimos en una sociedad que propone miles de cosas para evadirnos de los problemas, de las situaciones difíciles, que ha creado diversos modos para que nada duela, calmante para todo, en una palabra, propone el camino ancho.

Claro, hay que sacarse la idea de que el amor es color de rosa, que es algo muy fácil de realizar, el amor tiene grandes exigencias, por empezar la muerte del “yo”, para que viva el “nosotros”, el amor hacia los demás, la caridad. Más allá de que el amor lo exige en las diversas realidades de la vida, sólo al contemplar la vida matrimonial, se descubre claramente cómo el amor exige la muerte del “yo”. Sin ella es muy difícil pensar en la felicidad matrimonial. La muerte del “yo” genera el milagro y la maravilla del “nosotros”.

El amor como muerte del “yo” disuelve los egos, hace que no se genere en uno un control individualista, sino compartido, se deja de lado el aislamiento; al morir el “yo” renace, resucita el amor del “nosotros”. Desatarse del “yo” genera libertad. A veces se cree que la libertad es hacer lo que uno quiere, y eso no es otra cosa que libertinaje o estar encarcelado en ciertos vicios fruto del ser egocéntrico o de buscar los propios gustos.

Ojalá nos motive siempre en cada opción la intencionalidad del amor.

Otro signo concreto, es el compromiso con la actividad evangelizadora. Quien descubre a Cristo, y ama a los hermanos, necesariamente va a intentar por todos los modos unir a los dos: Cristo y los demás. Buscará poner al alcance de sus hermanos la Palabra de Dios y la Salvación a cualquier precio. Aquí, en este aspecto de la vida cristiana, vuelve a surgir la necesidad de que las opciones se realicen desde el amor. Asumir un compromiso evangelizador tiene, también una gran exigencia de que la intencionalidad del amor esté presente en todas las acciones en favor de los demás. En todos los desafíos debe primar la entrega, sin cálculos egoístas, respondiendo al envío del Señor: “vayan y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos” (Mt 28,19-20).

La Iglesia se hace presente a través de cada uno de sus miembros, es grande la responsabilidad, por eso, es necesario que modele el accionar evangelizador la intencionalidad del amor en la entrega necesaria para que la evangelización llegue a muchos que esperan una luz para sus vidas, para sus familias.

Lo esencial de la evangelización es el amor. La evangelización no se reduce a entregar dogmas o fórmulas catequísticas, sino como siempre decimos, es mostrar la alegría por la experiencia de que Dios ama incondicionalmente. Si no hay un amor profundo en la evangelización, la predicación pasa a ser sólo palabras vacías, huecas, que no construyen ni convencen a nadie. Se invita a una experiencia de Hogares Nuevos no porque hay espacio, o hay que conseguir tal cantidad de matrimonios, sino porque amamos al matrimonio que invitamos, y a su familia.

Un tercer signo de que se ama verdaderamente en la relación con las personas que convivimos, que invitamos, que compartimos diversos momentos de la sociedad o de la vida de la Iglesia, es que el amor como intencionalidad de lo que se hace y dice, es que en muchas oportunidades algunos pueden sentirse incómodos. Si esto jamás ocurre es que tal vez se tenga la vivencia de un Evangelio acomodaticio a las diferentes situaciones y personas. Claro, no puedo querer quedar bien con todos, el Evangelio es muy concreto. Si en verdad se realizan las obras del Padre, si la palabra que se utiliza es la Palabra de Dios, a más de uno lo incomodará. Cuando se ama no siempre se es correspondido, en oportunidades por más amor que se brinde no es garantía para obtener frutos. El amor experimentado en un corazón dispuesto a recibir seguramente éste echará raíces en el Evangelio. Cuando como decíamos no se encuentra respuesta, la iniciativa del amor invitará al amor. Nunca cansarse de amar. Jamás bajar los brazos ante la posibilidad de ganar un corazón o una familia para Dios.

El amor evangelizador hace visible y palpable lo que para muchos es invisible, con el testimonio y gestos concretos. La primitiva Iglesia fue sumando adeptos porque la gente al ver a los cristianos, decían “miren cómo se aman”.

Entonces, al poner la intención de amar dispone a encontrar al otro, a la otra familia, construyendo “nosotros” familiares o comunitarios; predispone a evangelizar a quienes el Señor va presentando en el camino de la vida; por último, compromete a anunciar con el testimonio la verdad que Cristo nos ha entregado.

Oración

Señor Jesús,

que en tu camino evangelizador no sólo predicaste
sino también amaste escuchando, sanando, iluminando situaciones difíciles.
Queremos imitarte en tu bondad, misericordia,
amor manifestado ante tantos que necesitaban experimentar ser amados.

Danos la gracia de poder amar,
en nuestros ámbitos, especialmente, en nuestra familia,
en el accionar evangelizador
y en el anuncio de la verdad sostenida por el testimonio y la benevolencia,
para dar los frutos que Tú, Señor, esperas. Amén.

Trabajo Alianza

- 1.- ¿Entendemos que el amor en lugar de ser “color de rosa” es, sobre todo, exigencia?
- 2.- ¿Tenemos un compromiso evangelizador que brota desde un amor sin condiciones para concretar una gran entrega como respuesta a la llamada del Señor?
- 3.- ¿Nuestro amor está comprometido con la Verdad de Cristo?
- 4.- ¿En qué debemos crecer aún, en relación a esta temática?

Trabajo Bastón

- 1.- ¿Qué nos dice esta propuesta de colocar la intencionalidad del amor en todo lo que hagamos?
- 2.- ¿Qué expresión encontramos en esta Cartilla que podemos elegir como exigencia del amor?
- 3.- Conversar sobre las preguntas del Trabajo Alianza.